

Artois, partidarios de la Constitución, partidarios del movimiento regresivo á los antiguos tiempos y á las viejas instituciones, partidarios hasta de un sistema teocrático bien opuesto al que siguieran los Reyes expulsores de los jesuitas, correspondían perfectamente sus divisiones con los constitucionales, con los orleanistas, con los jacobinos, con los republicanos, con los comunistas, con todos los grupos ó factores ó sumandos de la Revolución, caótica y confusa de suyo. Habiendo, como había en Francia, una constante acción de la realeza tradicional sobre la vida y sobre sus manifestaciones, así por las ideas como por las costumbres, nada tan armonioso y congruente con estado social semejante que las reacciones múltiples y los retrocesos sistemáticos al régimen secular, á la genealogía realista, de quien era más fácil separarse que desasirse, por la extensión de sus ramas en el tiempo y por la profundidad de sus raíces en el espacio. La ventaja de los revolucionarios sobre los realistas estaba en sus progresivas ideas; la mayor y más grave resistencia de los realistas á los reaccionarios en la mezcla de sus fuerzas internas y propias con las fuerzas de todo el continente, muy trabajado por las desavenencias y avenencias de los Reyes entre sí por la diplomacia de sus pactos y por los rompimientos de sus guerras. Significaba esta inteligencia de los Monarcas en la reacción Antonieta con mayores títulos que nadie, por haber sido símbolo de paz entre Austria y Francia, tras una guerra que por lo menos trescientos años durara entre tan poderosos Estados. Así, á ella tocaba el trato con los Reyes, y sus dedos urdían la trama de una reacción, cuyos hilos habían envuelto ya Europa entera. Defendíanse los Reyes del crimen imputado á sus personas por sus hechos, del crimen de haber huido en demanda y requerimiento á los poderosos del apoyo suyo material con armas y fuerzas armadas, mucho más eficaz que su platónico apoyo con cartas y notas diplomáticas. En su descargo siempre habían dicho que iban á Montmedy buscando segura fortaleza, desde la cual, rodeados por ejércitos nacionales, tratar con el Congreso Constituyente de potencia á potencia para imponerle una Constitución, cuyos cánones respetuosos con los derechos de la nación, restauraran el superior privilegio de los Reyes. Complicadísima en verdad la política exterior de todos los Estados con la fuga de Luis XVI al Norte. Los escritores realistas hacen, al tratarse de tal asunto y verse claro el crimen de sus defendidos, la falta de conciencia en los empeños regios de lanzar sobre Francia la guerra de irrupción y de conquista, un distinguo loyolesco; el distinguo de que las tropas extrañas debían operar en las líneas de frontera y no dentro del territorio francés. ¡Polías! como decían en tiempos nuestros padres. Los húsares del conspirador Bouillé se movían en las fronteras, mas con las espaldas guardadísimas por aglomeraciones militares extrañas, maniobrando sobre una tierra llana y junto á una línea fácil de traspasar á cualquier evento; unos veinte mil alemanes se reclinaban en la fortaleza de Luxemburgo, pero este famoso territorio pertenece tanto á Francia, como á Alemania, como á Holanda, y geográficamente más á Francia que á ninguna otra región; la célebre archiduquesa María, hermana de Antonieta, gobernaba

Flandes como la gobernarán antaño las hijas y las hermanas de Carlos V y Felipe II; era pues justo que viese á su hermana en la raya de Bélgica, mas no era natural que le preparase un alojamiento para mucho tiempo si Antonieta debía permanecer en Francia; el Emperador Leopoldo repugnaba en aquellas aventuras meterse, pero daba por hecho el paso á territorios suyos de ambos Reyes franceses y les ofrecía para el evento, fuerzas, dinero, su influjo sobre las testas coronadas, todo cuanto necesitasen; la fuga no podía estar complicada con extraños proyectos contra la Revolución aperecidos, pero, en cuanto se realizó, las Cortes europeas leyeron una propuesta imperial austriaca de manifiesto colectivo en que protestaban de las leyes constitucionales, proponían una coalición europea, juraban los Reyes ir en socorro de sus congéneres y cofrades presos, prometían no reconocer otra Constitución de Francia sino la reconocida y sancionada por Luis XVI, aseguraban con sinceridad apelar á los medios más extremos por fuerza; presentaban, esbozándolo, un plan de campaña, cuyo fin y objeto fuese redimir la realeza de su cautiverio y pespojar á Francia de sus libertades. No pueden ocultarse las verdades históricas: los Reyes conspiraron durante toda la Revolución á una con los extranjeros contra los franceses.

A mayor abundamiento reinaba en Suecia un Monarca, más poeta que político; aventurero como el ilustre predecesor de su reinado en la guerra de los Treinta años, y belicoso como el incansable general Carlo XII, cuya corona llevaba; conspirador y no estadista; enamorado de una empresa en que ardiera por los cuatro costados Europa y más enamorado, siquier platónicamente, de la Reina, por cuyo desencanto quería en los desvarios propios de su propio seso hacer sobre las fronteras boreales de Francia todo lo que hizo por Dulcinea en Sierra-Morena don Quijote; y así, proyectaba fundar una liga europea regia con más entusiasmo y menos justificación que Leopoldo, la cual regia liga invadiese Francia con treinta y cinco mil imperiales entrados por Flandes, doce mil suizos entrados por Bezanzon, veinte mil españoles entrados por Bayona, veinte mil piemonteses entrados por Lyon, embarcando él mismo bajo sus órdenes diez y seis mil suecos reunidos á ocho mil rusos, los cuales, con la gente allegable más tarde así en el Hesse como en el Palatinado, entrarán por el Océano, desembarcando en Ostende ó en el Havre, y todos á una, lo mismo aquellos de las fronteras de Oeste que aquellos de las fronteras del Este, los reunidos en armas, recibirían por consigna concordar en votación unánime de Reyes, el reconocimiento de la regencia del Provenza, quien reuniendo Asambleas de Notables, declarararía cautivo al Rey su hermano y por ende sin libertad alguna para reconocer ó desconocer la Constitución, restaurando el antiguo régimen absoluto con todos sus privilegios y destruyendo la ciega y audaz Asamblea, que sin empacho de ningún género, había sido afrevida en sus desvarios á intentar la proclamación de todos los derechos. Y estos fantásticos planes del Rey Gustavo III coincidían á una con las engañosas ilusiones de los

principes emigrados. Para éstos ya no había Rey. La marrada fuga lo había recluso en penosa cautividad, y la cautividad lo había despojado de su real corona. En el jefe de Francia no había más que un secretario del Congreso de París, admitiendo todo cuanto quería el Congreso que se admitiese y sancionando todo cuanto quería el Congreso que se sancionase. La jefatura del Estado recaía en el conde de Provenza. Este se había escapado á la revolución y el Rey no; había logrado todas las invasiones intentadas, y el Rey había caído en las trampas al pie suyo puestas por los revolucionarios. Así alzabase con el nombre de Regente á Rey libérrimo, pues Luis XVI sólo era un Rey esclavo. La noble Asamblea de los emigrados valía más que la triste Asamblea de los demagogos. Provenza conseguía por la desgracia el ardiente deseo jamás conseguido en la fortuna; reinar. Inútilmente había mandado Luis XVI, mejor dicho, su mujer, un verdadero amigo suyo, Breteuil, al conventículo de la conspiración, pidiéndoles que se moderasen más y alardearan menos los conjurados, considerando á cuántos peligros los exponía su temeridad y cómo cualquier golpe en vago pudiera costar á la dinastía la vida. Provenza quería reinar, aunque reinara en lo vacío. Así acababa de nombrar un ministerio de la realeza opuesto al ministerio de la democracia. Y en este ministerio acababa de poner al ministro causante de la Revolución, Calonne, al que había suspendido las saludables reformas de Turgot, y entregado al déficit el tesoro, déficit, por cuyos estragos vinieran el plan perturbador de Necker y la reunión de los Estados Generales. Ahora, en este momento crítico, desasidos los principes de todo terror y moviéndose á sus anchas, por todo lo que hacían fuera de Francia bajo la obsesión de sus convicciones más arraigadas y profundas, veíase todo cuanto habían mentido en Francia, sosteniendo con los labios un apego á la Revolución desmentido entonces por sus conciencias y ahora por sus labios. No había entre todos los emigrados quien tuviera seso. Bouillé, después de haber á los Reyes perdido con el criminal proyecto de fuga y su torpísima ejecución, escupía por el colmillo ahora, y amenazaba en insolentes ridículas cartas, escritas desde su fuerte seguro sobre tierras extrañas, al Congreso Constituyente con desarraigarlo del suelo, moviendo en su contra exterminador ejército, si tocaba un solo cabello de la cabeza del Rey, provocando así á indignación intenso con sus amenazas y á larguísimas burlas con sus desplantes. La Monarquía murió á manos de la emigración. No hay más que leer la historia particular de los emigrados para rendirse á tan indudable verdad.

Lo peor del caso consistía en que los así congregados á salvar los Reyes, eran enemigos implacables de la Reina. Cuando Provenza, muy ambicioso de reinar, príncipe vulgarísimo como todos los malcontentos por haber nacido cerca del trono, y no dentro del trono; en sus gradas inferiores y no en su altísima sede, calumniada la fidelidad indudable de Antonieta, imputando los hijos de ésta, Reyes futuros, á un tercero, y no á su hermano, hacía más por la revolución que todos los revolucionarios juntos. Cuando Ca-

lonne á Turgot echaba del poder, cohechando éste para sí con perspectivas de larguezas, tras cuyo cumplimiento estaban las guillotinas y los incendios, pues condenaba el principio monárquico á pordiosear una limosna del elemento popular, quien la diera, pero pidiendo en cambio de servicios concesión de libertades, Calonne fué á la Monarquía más adverso que el mismo Robespierre. Luego, como á la Reina debió su exaltación, y á la Reina su desgracia, tenía la por voluntariosa y caprichosísima, odiándola con un aborrecimiento de muerte. Y el peor de todos no era el hermano mayor, sino el hermano menor de los Reyes, Artois, impertinente y malhumorado señor, con todos los signos propios de aquellos Monarcas, á quienes Dios, en sus altos designios, destina para perder las Monarquías; de apariencias caballerosas y aficiones funámbulas, muy devoto y muy sensual; siempre del adulterio al confesionario y del confesionario al adulterio; en misa por la mañana y de orgía por la noche; ligero como un payaso, hablador sempiterno é inhábil, como un cómico de la legua, echándose de guerrador en alta pública voz y aquejado en lo secreto de un corazón pusilánime; sin oír á nadie con atención y empeñado en que todos oyesen como fórmulas de oráculos sus garrulidades continuas de relumbrón; inhabilitado de comprender el estado mental á que llegara Francia por falta de mente; y á pesar de que lo separaba del trono de Luis XVI la persona del hermano segundo, tan airado como éste príncipe sin hijos, con los hijos y la mujer del hermano mayor, por interpuerto entre su familia de regio abolengo y la corona de brillantísimo esplendor; contribuyendo así tanto al estallido y al triunfo de la revolución como los otros dos calumniadores y ambiciosos, que se llamaban el Conde de Provenza y el Duque de Orleans. Imposible á tamaños antecedentes maravillarse de que, no sólo en las alturas del trono, bajo los hierros del cautiverio, Antonieta odiara siempre á los principes, ya estuvieran en el palacio regio, ya estuvieran en el forzoso destierro. Y como presidieran la emigración francesa, muy natural en ella ver los emigrados como unos enemigos más temibles y más duraderos de su poder que los débiles y fugacísimos constitucionales. Así oyó á estos últimos, y decidida por sus ideas, copiando las cartas por ellos escritas, dirigió reflexivas y sesudas observaciones al Emperador Leopoldo, sobre lo conveniente á Francia del gobierno y del partido de los constitucionales. Tal observación se fundaba en lo mucho que había cambiado el aspecto de la cosa pública por aquel corriente año, desde Junio, cuando se partieron á las fronteras del reino los Reyes, hasta Setiembre, cuando propendían á recibir la Constitución del Estado. En Junio, leyes nunca obedecidas, Congreso atomizado en innumerables partidos, Rey sin autoridad, Constituyente perdurable, motín diario; en Setiembre, fin de las agitaciones, propósitos en los mejores diputados de apoyar al Rey; revolucionarios que se quejan de perseguidos y castigados; Asamblea que se propone disolverse; revisión del Código fundamental modificado en verdadero sentido realista; fin próximo de la revolución; confianza en que la embriaguez de los espíritus acabará y sobrevendrá la reacción

en los ánimos hacia el fortalecimiento de las prerrogativas reales: un iris extendido sobre las nubes de fragorosa tormenta que se va y se calla. Pero todo, añadía la Reina, desvaneceríase á los pródromos y amagos de una intervención extranjera. No se puede mirar tan espantosa hipótesis con calma. Los soldados, recobrando su disciplina, irían gozosos á pelear y morir por la libertad y por la patria; el territorio amenazado brotaría más fusiles que árboles, y sólo guerreros educarían las escuelas y las madres; el combate animado por la desesperación llegaría en sus espasmos á una matanza que recordase los suicidios de pueblos amenazados por la conquista; destronarían sus súbditos al Rey, por cómplice del invasor cuando todos á una iban persuadiéndose de que precisaba fortalecer la secular autoridad y refugiarse dentro de una Constitución en la que aparecía como esencial, sumada con el derecho de los pueblos, la majestad de los Reyes.

Allí habían decidido los reyes para conjurar los peligros de la emigración que se repatriasen los emigrados. Y á este fin expidieron, de acuerdo con los constitucionales, dos emisarios á Coblenza, los cuales hablasen francamente con tales dementados y los persuadiesen al reingreso en Francia. Sus instrucciones iban en cartas, cuyo sentido éste: patentizada la oposición á todo retroceso de los franceses, imponíase la sumisión á su voluntad patente, dejándose de conjuraciones, en que los primeros á correr peligros y sentir penas eran los conjurados. No podía, pues, llamarse nadie á engaño, dada la claridad de los encargos á cumplir y la concreción de los objetos á lograr. Pero los príncipes, en vez de recibir los mandatos del Rey con la debida obediencia, recibíanlos con recelos á reservas. En Francia debían sujetarse á los constitucionales y en Coblenza campaban por sus respetos. Agasajados de la reacción europea, que los consideraba restauradores próximos del antiguo régimen, resistíanse á caer en los infiernos de la revolución francesa. Hubieran, sin embargo, disuelto la conjura de sus partidarios en extraña tierra la realeza de haber querido disolverla con verdad, y no de mentirigillas. Aquí entra lo más repulsivo que halla la Historia en uno y otro de aquellos dos regios mártires, Antonieta y Luis, dados á tener la mentira por dogma, la doblez por proceder, creídos de que á los demás engañaban y engañábanse los cuitados á sí mismos. Mientras hacían todo esto, pensaban lo contrario. Destruían las declaraciones en un sentido con declaraciones en otro sentido completamente opuesto al primero. Así fueron siempre. Juraban en público á reserva de perjurar en secreto. Mentíanles apego á constitucionales y emigrados para mejor traicionarlos y venderlos. Creían el móvil de las intenciones en Barnabé bueno y los resultados de estas intenciones pésimos. Así pocas infamias registra la Historia tan reprobables como el acto de la Reina, quien, después de haber escrito al Emperador proyectos y pensamientos tan políticos y tan constitucionales, dícele que aquellas cartas no eran suyas; que bien mostraba el estilo como se las dictaran plumas y lenguas ajenas á su pluma y á su lengua; que cedía por necesidad á obsesiones impuestas por los constitucionales, mas no aceptadas por su

regio ánimo: que bajo la presión de las cadenas imposible decir, ni hacer, sino aquello que le dijieran hiciese ó dijese; que no se curase Leopoldo de mandatarios expedidos á mostrar conciliaciones, cuando el culto á las heredadas prerrogativas y el horror á los revolucionarios de todos matices quedaban dentro de su marido y de ella, así tras la fuga como antes de la fuga, pues sólo habían visto recrudecerse todos los males y cerrarse todas las esperanzas. Lejos aquellos ciegos suicidas, aquellos reyes, malvados en parte y en parte imbéciles, como todos los embusteros y traidores, de anudar concordias, cuyos buenos efectos los hubieran podido salvar, desataban discordias que los perdieran y los deshonoraran para siempre. Como decía un escritor del tiempo, la Reina era muy altiva de complexión y muy corta de inteligencia, por lo cual sus prendas de carácter no servían más que para recrudecer el mayor de sus males, su capital desgracia, que estaba toda entera, unas veces en el defecto de ideas, llamado tontería; otras veces, en la disparidad entre estas ideas llamada disparate. Todo el mundo tenía su plan en aquel aquelarre, formado por la familia real: tenía el duque de Orleans para subir al trono, tenía el conde de Provenza para soplarle á su hermano la corona, tenía el conde de Artois para sustituir á sus dos hermanos mayores, tenía Luis XVI para ir capeando todas las calamidades, como Dios le diese á entender, y á salga lo que saliere: debía tenerlo también la Reina, tenía también la Reina, sin ideas claras, por consecuencia sin propósitos firmes; falta de ciencia política y sobradísima de imperial orgullo, por lo cual cada plan en su mollera urdido incluía un peldaño puesto en los escalones, no del trono, del cadalso.

Su plan era dejar que llegasen los acontecimientos por su lógica propia y su propio movimiento, á los últimos desarrollos y á las últimas consecuencias; pidiendo á los regios aliados, en especial á Leopoldo de Austria, que, lejos de inclinarse hacia los alardes de las armas, se inclinase al recurso de las conminaciones, reuniendo una grande Asamblea de reyes, que conminase á Francia, y no cumplierse las amenazas, limitada en su actitud á tener el palo alzado en ademán y són de pegar sin descargarlo nunca. Por tal plan quedaban los emigrados malheridos á la baladía é innecesaria conversión de todo auxilio en meras palabras; y quedaban no menos malheridos los constitucionales por el encono de los recelos contra la Reina originados del amenazador tono y gesto usados en aquellos alardeos baldíos por un deudo á ella tan próximo y tan caro, como su hermano el César de Austria. Y mientras tanto la Constitución se iba concluyendo por el término de las convenciones ideadas para recomponerla; y los reyes viéndose obligados á pensar si les convenía rechazarla ó admitirla. El primer achaque de aquellos infelices era una tendencia inmutable, puestos por el nacimiento sobre lo más alto de Francia, y encargados de su gobierno, á no considerar primero las conveniencias del pueblo y luego las suyas, sino á considerar sus conveniencias primero y luego las del pueblo. ¿Qué les convenía? ¿Rehusar ó dimitir? ¿Erguirse con